

Capítulo 10

DIOS ES OMNISCIENTE

Señor. Tú conoces todas las cosas. Tú conoces cuando me siento y cuando me levanto. y todos mis caminos te son conocidos. No te puedo informar de nada, y es en vano tratar de esconderte nada. A la luz de tu perfecto conocimiento quisiera ser tan desmañado como un niño pequeño. Ayúdame a dejar a un lado toda preocupación, porque tú conoces el camino que yo tomo. Y cuando me hayas probado. saldré resplandeciente como el oro. Amén.

Decir que Dios es omnisciente es afirmar que Él posee un conocimiento perfecto, y por consiguiente, no tiene necesidad de aprender. También, es decir que Dios nunca ha aprendido, ni tampoco puede aprender. Las Escrituras enseñan que Dios nunca ha aprendido de nadie. “¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia” “Porque ¿Quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?”

Estas preguntas retóricas hechas por el profeta Isaías y el apóstol Pablo declaran que Dios nunca ha aprendido. Desde aquí sólo hay un paso hasta la conclusión de que Dios no puede aprender. Si Dios pudiese en algún momento, o de alguna manera. Recibir en su mente un conocimiento que no poseía, y no había poseído desde la eternidad, sería imperfecto, e inferior a sí mismo. Pensar en un Dios que tiene que sentarse a los pies de un maestro, aunque ese maestro sea un arcángel o un serafín, es pensar en otro que no es el Dios Altísimo, el hacedor del cielo y de la tierra. Creo que este enfoque negativo de la omnisciencia divina está bien justificado por las circunstancias. Puesto que nuestro conocimiento intelectual de Dios es tan pequeño y oscuro, algunas veces podemos adquirir considerable ventaja en nuestra lucha por comprender cómo es Dios a través del simple medio de pensar en lo que Él *no es*.

«¡Alabado sea por siempre el nombre de Dios! Suyos son la sabiduría y el poder. Él cambia los tiempos y las épocas, pone y depone reyes. A los sabios da sabiduría, y a los inteligentes, discernimiento. Él revela lo profundo y lo escondido, y sabe lo que se oculta en las sombras. ¡En él habita la luz! Daniel 2.20b-22

Hasta donde hemos adelantado en este examen de los atributos divinos, nos hemos visto impulsados a usar libremente de los negativos. Hemos visto que Dios no tuvo origen, que no tuvo principio, que no necesita de ayudantes, que no sufre cambios y que en su ser esencial no hay límites.

Este método de tratar de hacer que los hombres vean cómo es Dios a base de mostrarles lo que Él no es, lo utilizan también los escritores inspirados de las Santas Escrituras. “¿No has sabido, no has oído”, clama Isaías, “que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance.” También la abrupta declaración de Dios mismo: “Yo Jehová no cambio”, nos dice más acerca de la omnisciencia divina que cuanto se podría decir en un tratado de diez mil palabras, si se eliminaran de forma arbitraria todos los negativos.

El apóstol Pablo declara la veracidad eterna de Dios de manera negativa: “Dios... no puede mentir”, y cuando el ángel afirmó que “para Dios no hay nada imposible”, los negativos se unen para formar un resonante positivo. Que Dios es omnisciente no sólo lo enseñan las Escrituras, sino que se debe deducir también de todo lo demás que se enseña con respecto a Él.

Dios se conoce perfectamente a sí mismo, y por ser la fuente y el autor de todas las cosas, de aquí se sigue que conoce todo cuanto se pueda conocer, y lo conoce de manera instantánea y con una plenitud de perfección que incluye todos los datos de conocimiento posibles con respecto a todo lo que existe, o habría podido existir en cualquier lugar del universo en cualquier momento del pasado, o que puede llegar a existir en los siglos o las edades que aún faltasen por venir.

Dios conoce de manera instantánea, y sin esfuerzo alguno, toda la materia y todas las materias, toda la mente y todas las mentes, todo el espíritu y todos los espíritus, todo el ser y todos los seres, toda la creación y todas las criaturas, toda la pluralidad y todas las pluralidades, toda la ley y todas las leyes, todas las relaciones, todas las causas, todos los pensamientos, todos los misterios, todos los enigmas, todos los sentimientos, todos los deseos, cuanto secreto no haya sido pronunciado, todos los tronos y las dominaciones, todas las personalidades, todas las cosas, visibles e invisibles, en el cielo y en la tierra, el movimiento, el espacio, el tiempo, la vida, la muerte, el bien, el mal, el cielo y el infierno.

Puesto que Dios conoce todas las cosas perfectamente, no conoce ninguna cosa mejor que las demás, sino que conoce todas las cosas igualmente bien. Él nunca descubre nada. Nunca se sorprende, nunca se queda perplejo. Nunca se pregunta acerca de nada, ni busca información o hace preguntas (excepto cuando interroga a los hombres por su propio bien).

Dios tiene existencia en sí mismo, y se contiene a sí mismo, y conoce lo que ninguna criatura podrá conocer jamás: así mismo, y perfectamente. “Nadie conoció las cosas de Dios, sino

el Espíritu de Dios.” Sólo el Infinito puede conocer al Infinito. En la omnisciencia divina vemos enfrentados el terror y la fascinación del ser divino.

El hecho de que Dios conozca a cada persona total y completamente puede ser causa de un temor estremecedor para el hombre que tenga algo que esconder: algún pecado sin perdonar, algún delito secreto cometido contra el hombre o contra Dios.

El alma que no ha sido bendecida pudiera muy bien temblar porque Dios conoce la inconsistencia de todo pretexto, y nunca acepta las pobres excusas presentadas por la conducta pecaminosa, puesto que Él conoce perfectamente su verdadera razón. “Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro.” Qué cosa tan terrible es ver a los hijos de Adán tratando de esconderse entre los árboles de otro huerto.

*Entonces alabé al
Altísimo; honré y
glorifiqué al que vive
para siempre: Su
dominio es eterno; su
reino permanece para
siempre. Ninguno de los
pueblos de la tierra
merece ser tomado en
cuenta. Dios hace lo que
quiere con los poderes
celestiales y con los
pueblos de la tierra. No
hay quien se oponga a su
poder ni quien le pida
cuentas de sus actos.
Daniel 4.34-35*

Con todo, ¿dónde podrían esconderse? “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?... Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día.”

En cambio, para nosotros que hemos huido en busca de refugio para asirnos de la esperanza puesta ante nosotros en el Evangelio, qué inefablemente dulce es el conocimiento de que nuestro Padre celestial nos conoce por completo.

Ningún enredador nos puede delatar ante Él; ningún enemigo puede hacer que valga su acusación; ningún pasado vergonzoso puede salir dando tumbos de algún escondido rincón para humillarnos y revelar nuestro pasado; ninguna debilidad insospechada de nuestra personalidad puede salir a la luz para hacer que Dios se aparte de nosotros, puesto que Él nos conocía por completo antes que nosotros lo conociésemos a Él, y nos llamó a sí mismo con pleno conocimiento de todo lo que existía en contra nuestra.

“Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti.”

Nuestro Padre celestial conoce lo que somos, y recuerda que fuimos tomados del polvo. Él conocía nuestra perfidia innata, y se dedicó a salvarnos (Isaías 48:8-11). Su Hijo unigénito, cuando caminaba entre nosotros, sintió nuestros dolores en toda su angustiosa intensidad. Su conocimiento de nuestras aflicciones y adversidades es más que teórico; es personal, cálido y

compasivo. Cualquiera que sea nuestra situación, Dios sabe las cosas y tiene un interés en nosotros que nadie más tiene.

*Él da su gozo a todos; Él se convierte en un
pequeño infante; Él se convierte en un asombroso
hombre; Él siente también nuestro dolor.*

*No pienses que puedes suspirar una vez sin que
tu Hacedor esté junto a ti; no pienses que puedes
derramar una lágrima sin que tu Hacedor se halle cerca de ti.*

*Él nos da su gozo, para poder destruir nuestras
angustias; hasta que nuestra angustia huya y desaparezca.
Él se sienta a gemir junto a nosotros.*

William Blake